



EL "BUGATTI" EN EL QUE NO MURIO ISADORA DUNCAN

Aunque nunca he presumido en serio de mi colección de juguetes, puede que guarde entre ellos una auténtica joya histórica. Me refiero al "Bugatti" rojo, tal vez el que sirvió a Isadora Duncan su pase a la inmortalidad.

Ya losabe todo el mundo. Isadora bailaba, y hacía de la danza un placer metafísico que yo jamás entenderé, pero que tampoco discuto. Isadora bailaba hasta la séptima de Beethooven, pieza maravillosa que no se atrevería a traducir e movimientos sino alguien bien seguro de su magnetismo y su gracia.

Pero Isadora, como todo hijo de vecino, no se resistía al demonio de la carne, y se entregó a él con febril apasionamiento. Un día cruzó por su horizonte un apuesto mozo conduciendo un espléndido "Bugatti" rojo. Le amó, y me imagino que bailarían en cueros ante él muchas veces. Luego paseaban, e Isadora dejaba que el cabello largo y rubio fuera peinado por el viento.

Un día que Isadora llevaba un foulard liado al cuello, el "Bu gatti" acabó con su vida. El extremo del "foulard" se enredó en el eje de la rueda, y en un tristrás, un acelerón de nada, un segundín, Isadora murió estrangulada.

Aunque el piloto era un tronchamozas que no se casaba con nadie, pienso que lloraría la muerte de la artista. Pidió permiso a Dios y un día se desintegró, para reencarnarse en el barroco angelito de mármol que hoy custodia la tumba de que involuntariamente mató con su "Bugatti".

¿Es el “Bugatti” de mi colección el que se llevó el alma de la bailarina?. Me gustaría saberlo a ciencia cierta, pero me faltan testimonios, por más que los haya buscado por todos los confines de la tierra.

La opinión de un poeta: Isadora se transmutó en una libélula errante. Ella no puede morir, porque su arte era inmortal. En cuanto al "Bugatti", sólo puedo decir que me recuerda a una gota de esperma de dragón en el momento de ser eyaculado ...: ¡Qué rojo ígneo el suyo, vibrante, poderoso, imbatible!

¿Mi admirado deportivo, comparado con un placer de un bicho mitológico?. Respeto al poeta. Respeto sus puntos de vista. ¿Quién duda de que la poesía radica precisamente en la originalidad del enfoque con que se miran las cosas?. Pero de ahí a ofender a mi "Bugatti"...

El parecer de un hombre de negocios: A tipos como a usted, que se dedican a perder el tiempo inventando majaderías, no se les puede hacer ni caso. Su juguete es una basura, sin más. Isadora era una zorra. Y me importa un bledo si murió de un cáncer de mama o de un estrangulamiento accidental.

¡Qué torpeza, acudir a ese ciudadano!. ¿Qué sentido tiene mi Bugatti, y todas mis viejas glorias de hojalata, ante un vulgar adorador del dinero, que es metal más poderoso?. No me importa su desprecio, Lo interpreto como elogio. Además: casi todos los hombres de negocios opulentos suelen ser gordos y feos, y no saben tirarse pedos silenciosos. ¡Bah!

La teoría de un hombre bueno: No se... Lo puedo preguntar. No,

no es ninguna molestia, de verdad.

Claro que, en realidad, ¿qué importancia tiene?. El encanto de su "Bugatti" está en él, en su forma torpemente aerodinámica. ¿Se ha fijado?. Es un ingenuo tributo de admiración a la técnica. ¡Qué

pequeño monumento!. Ni el mejor escultor podría expresar tan candorosamente su reconocimiento a ciencia no le puedo decir nada acerca de la autenticidad del deportivo. Pero si no le gusta, por favor, dímelo. Para mí es delicioso.

Y aquél día comprendí que era bizantino intentar averiguar tan enigmática cuestión, así que di el cerrojazo a mis ínfulas arqueológicas y me dediqué, buenamente, a jugar con el “Bugatti”. Al fin y al cabo, tampoco había visto bailar en persona a la Duncan, y ni siquiera me entusiasma la danza. ¿Por qué entonces el interés en convertir a mi ejemplar en pieza histórica?. ¿No sería que me metalizaba yo también, y que esperaba obtener de él, de mi “Bugatti”, más rendimientos que el mero placer de tenerlo en mis manos?.

Compré el cochecico por trescientas pesetas en una “boutique” de la madrileña plaza de Colón. Antes de hacerlo, dudé mucho, porque esperaba encontrar otro “Bugatti” al que no le faltara el conductor. Mi amigo Manolo poseía uno con un chófer desdoblado un escorzo en cada ventanilla, como de costumbre y no veía porqué me había de negar el Destino la misma suerte. Al final tuve que claudicar, y aunque, para arreglarlo, le propuse a Manolo arrancar una mitad de su chofer y colocársela a mi desgovernado “Bugatti”, no hubo un acuerdo, y el pobre - deportivo se quedó para siempre sin piloto.

El “Bugatti” ha participado en carreras, como muestra su número 8 estampado en las puertas. Como mis juguetes se parecen a mí, pienso que nunca ganaría ninguna, o a lo más una, y precisamente la peor premiada de todas (cuentan que el vencedor fue galardonado con una copita de hojalata y un cucurucho de chufas: ¡verlo para creerlo!). A la hora de subir al podium el triunfador, no apareció el piloto del “Bugatti”. Si es que alguna vez lo hubo, era tan tímido que había volado a refugiarse del aplauso público tras una estrella.

Parece un coche feliz. Como si hubiera sido propiedad de un Douglas Fairbanks, o de un Rotschild de la Europa de entreguerras. Pero en realidad su misterio encubre grandes tragedias. ¿Se puede imaginar una mayor que la del piloto que no ha ganado

nunca más que una carrera premiada con un cucurucho de chufas?. Y eso sin tener en cuenta que, además, pudo ser el ejecutor de Isadora Duncan...

¡Pobre Bugatti!. Tan bonito, tan romántico, tan noble de línea, tan grandiosamente inútil y decadente...

Y sin embargo, tan triste y tan solo que, cuando juego con él, no puedo por menos de consolarle recordándole que aún hoy sigue imbatido su “record”.

“Gracias - me susurró la última vez que jugamos juntos -. Y, a propósito, ya que te portas tan bien conmigo te revelaré un secreto: yo no fui el “Bugatti” que asesinó a la Duncan. Aquél día -¿sabes?- un piloto fantasma se apuntaba conmigo el Gran Premio de Indianápolis”.

El “Bugatti”, como casi todos los juguetes, soñando. Siempre soñando.

Luis Figuerola-Ferretti Gil